

(Viene de la página anterior)
seglares: al otro lado las dignidades que lo fueron en la Santa Iglesia Catedral. La lección de la muerte se hace aquí más honda al repasar las lápidas funerarias donde campean los títulos eclesiásticos. Deán, magistral, lectoral, penitenciario... El son ronco del río llega hasta estos lugares de paz como un murmullo de oraciones. Acaso el recuerdo de las cosas cuando los hombres se olvidan.

Desde este lugar esplenden las amarillas luces de los chopos en toda su piadosa unanimidad. Y nos traen a la memoria las piadosas costumbres castellanas, que llamas de lamparillas gigantes parecen, como si el paisaje imitara la beata tradición.

Desiertas las calles; desiertas las plazuelas donde gorgotea una fuente; desiertos los pasadizos por donde la ciudad se asoma, como si respirara hondo, a dilatadas perspectivas, al borde mismo de la línea desdentada de las ruinosas murallas. Nadie en los portales umbríos; nadie en las escaleras misteriosas casi con vida propia en las casas varias veces centenarias. Y solas las habitaciones donde el tiempo parece dormido, donde los recuerdos resisten el lento paso de las horas en las viejas fotografías, en los objetos de otras épocas que conservan como dolorido, todo su inefable candor.

En un rincón último de la casa se da cita a las evocaciones en torno a la vasija de barro donde arden las lamparillas en recuerdo y por el alma de los seres queridos. Mauriricio Bacarisse, el malogrado poeta, llevó a sus versos la escena:

*"En un tosco cuenco
unas lamparillas
arden por las pobres
ánimas benditas..."*

Y es en la larga noche cuando estas luces vigilantes concentran los recuerdos y hacen de la casa íntimo relicario de borrosas memorias. Resucita el espíritu de los que se fueron y su presencia estremece al testimonio fiel de las minúsculas llamas.

Doradas, fantasmales luces de noviembre. Luces amarillas, como de cirios de cera virgen en las orillas de los ríos castellanos, trepando por las cuevas que van a la vieja ciudad, en los viejos altares, en las dramáticas penumbras de las casas... Luces amarillas, temblonas, en los ojos de las imágenes, en los ojos de los seres vivos y silenciosos que pueblan las ciudades viejas y que parecen esperar en el umbral de la Vida y la Muerte. Luces vigilantes por las Animas Benditas, por las pobres ánimas erráticas en la ciudad silenciosa y triste.

Federico MUELAS

(*) En este mismo cementerio —el de San Isidro de Cuenca—, se encuentra definitivamente reposando el escritor y poeta.

Marcial Lafuente Estefanía

Si ella hubiese sabido lo que ocurriría después, no habría dejado que tocaran el alfeizar de aquella ventana. Pero en ese tiempo no tenía voz, era únicamente la alegría de sus padres y le gustaba descolocar las pilas de novelas —M. Lafuente Estefanía— cuando él estaba echado la siesta y ella, acababa de salir del baño, empapado el cojín en el sillón de mimbre, su sillón, descolocar los libros, cubiertas prodigiosas - vaqueros - prodigiosos— ¿Por qué siempre los mismos? Leía los finales, los golpes de efecto, para que todo fuese redondo, perfecto y feliz. Todo era feliz y perfecto. El suelo encharcado por sus pisadas. Venía corriendo desde el patio, plass, plass, tiritando al contacto de las baldosas heladas, saltando a la mimbrera, la habitación en penumbra fresca, arrebujada en la toalla. Y se reía y le daba miedo porque sabía repetido lo que pasaría: El se levanta, enorme, el abuelo más inmenso que ella conoce, como un rey, como un Odín, tronando palabras obscenas y vivas, repiqueteadas en las paredes de la casa extendida, hasta llegar a ella, pues ya estaría escondida cuando le oyese rebullirse en la cama, crujiir la cama bajo su peso inverosímil, levantarse e ir a la ventana. El se prestaría al juego del señor del temor. Eramos tan casi nada y tan tontos, y él, todo, todo. Lo misterioso y prohibido, sargento



en la República; lo trillante, como el filo de su acero de espada: Dobra la hoja hasta tocar la empuñadura con la punta y algún turista abre la boca, estúpido. Sale al patio de los ciruelos y tantas palomas. Ella está metida en la piscina; desde el lugar inaccesible le sonríe, a él le brillan las niñas de los ojos y su niña, que bailó cuando él se anima al cante jondo; ella recita y a él se le emociona en la garganta un gusanillo áspero y duro. Grita, sin embargo: "¡Salid de ahí! ¿Pero, qué no veis que quieren beber las palomas?"

Qué asco, qué asco de palomas, pringándose los dedos con sus cagadas, ensuciando el agua, y las avispas muertas, flotando amarillas e inútiles. El se marcha un instante. "Juanito, sube al palomar y chilla, a ver qué pasa": "¡Niños, niños, hijos de...! Saltábamos al agua, aprisa, aprisa, tropezando de la risa, donde él no llegaba; saltábamos fuerte, para hacer mucho ruido, para sacar el agua, para reírnos, viene un mastodonte por el pasillo, para reírnos.

Cuando los veinte años, en la escenografía de Noviembre, reuniría a sus amigos. En la mesa redonda, apagaría la tarta redonda y ellos aplaudirían. Eran muchos, del Pueblo, de Madrid, de aquí, tienen que conocerse. Ella,

el hilo conductor, guionista del diálogo afectivo y agradable. Sí, sus amigos hablados, deseados, por fin, juntos. ¿Por qué no recordó aquella mañana de viernes, las palomas planeando hasta el agua? Con Ramón por teléfono, cómo vendrían, cuántos al día siguiente, y no le vio salir, "adiós Lolo", oyó decir a su madre. El había venido del Pueblo para sus asuntos, pero ella tenía que ir hasta la Escuela, ya era tarde, bajaba corriendo y pensó que le vería al anochecer y besarle el beso de la mañana tan fría. Si lo hubiese sabido, no hubiera dejado que tocaran el alfeizar de aquella ventana. Pero en casa, con el doloroso asombro, a nadie se le ocurrió llamar para que subiese rápida. Y encontró la puerta abierta como si a la vida se le hubiese parado el corazón. Buscó a su madre. Oyó gemidos arriba y dos lejanos ring, ring de teléfono. ¿Qué era esto? Nada, nada, mañana cumple veinte años.

Siempre se ha preguntado si no lloró, acaso, porque fue el día anterior, el mismo día en que la felicitaron por un poema; a él se le hubiera emocionado ese gusanillo al leer el periódico local. Y no se atrevió a mirarlo otra vez, tan colosal, tan dios Odín, que lo tenía todo y éramos muy tontos, casi dioses. Alguien había tocado la pila de los libros y el círculo nunca volvería a cerrarse en un final feliz; el bandido ha muerto, el vaquero cabalga junto a la chica y juntos estrenan el campo de Arizona a la luz de la luna.

María Antonia Ricas

En la abacería

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Al fondo, mostrador al uso con tendero incluido. Hay dos señoras haciendo la compra mientras el tendero organiza el fiambre en la cámara. Las señoras hablan.

MUJER PRIMERA

Pues, sí, hija, este año no sé qué pasa, que se están muriendo los pájaros, los de las jaulas, los otros, no lo sé, me imagino yo que igual, ipobrecillos! Empiezan a desplumarse no sin antes ponerse como gordos.

MUJER SEGUNDA

Sí, sí, creo que es una enfermedad que cogen, no sé, pero mueren así.

TENDERO (que está al tanto, interrumpe su actividad para escuchar)

Perdonen, señoras, es que me interesa el tema de los pájaros.

MUJERES (al unísono)

Nada, nada, escuche, escuche.

MUJER SEGUNDA (continúa)

Mi pajarito, mi Renatito estiró la pata el mismo día que casábamos a mi sobrina, pobrecito el pájaro, parecía tristán cuando nos íbamos a la iglesia y fíjense, al volver, tiesecito me lo encontré. ¡Qué cosas!, el pobre parecía que no aguantaba esa boda.

Todos rién. Entra el panadero. Buenos días, y síguese a su aire sacando el pan de las canastas.

MUJER PRIMERA

Bueno, los pájaros no dan complicaciones cuando se mueren, no dan un ruido los pobres.

MUJER SEGUNDA

Eso, eso, no como las personas, que hasta después de muertos seguimos dando guerra.

Tendero atento al tema.

MUJER PRIMERA

Ya ves primero te apuntas a los seguros, esos de muertos, pagas durante más años que tuvo Matusalén, y a la hora de la verdad, no te cubre ni los gastos, ya que, entre pitos y flautas, se te va un dinerito.

Panadero y tendero escuchan atentamente. Sigue hablando.

MUJER PRIMERA

El caso es dar guerra, que si médicos, hospitales, total, para morirnos igual, luego, que si coronas, flores, sepultura perpetua, o sea, terreno, y venga a soltar cuartos. ¡Ay, Señor, Señor, qué vida más perra!

MUJER SEGUNDA

Y usted que lo diga.

(Suspiros y silencio breve)

PANADERO

Por eso es lo que yo digo, no pago un duro, si me muero, que me lleven a enterrar en el furgón del pan, y si no, que me lén en un saco de harina y me tiren al río, me da igual.

MUJER SEGUNDA

A mí también me da igual, el que venga atrás que arree. Ya se apañarán, allá ellos.



TENDERO

Hombre, eso no es, hay que pensar en no darle incumbencias a la familia, ni cargarle el muerto a nadie, creo que es mejor pagar.

PANADERO

Pues a mí me da igual ir en un coche de muerto que entre las sacas de harina; bueno, casi prefiero mi furgoneta del pan, pues los coches de muerto no me gustan ni pa un rato corto; además, uno no va entonces de juega, ¿verdad?

(Panadero ríe con ganas)

MUJER PRIMERA

Sí, sí, tienen razón, pero yo soy de una forma de pensar que si no arreglo papeles no duermo tranquila.

PANADERO

Ya, ya tendrá usted tiempo de dormir tranquila... Ahora, el dinero de la vida hay que gastarlo en la vida, correrse buenas juegas y no gastar dinero en pagar amarguras. Señora, hágama caso.

(Ríe otra vez)

MUJER SEGUNDA

A mí, si me da un patatús pa morirme, ellos verán, que yo ya trabajo mucho en esta vida como pa preocuparme en dejar descuidados a los demás; si me muero, que me muera; además, allí no necesito llevarme un duro. Y venga y despácheme que se me van a pegar las lentejas.

TELON

SARA PAPIRI

EPILEPSIA
Cura cierta por la
Anti-Epileptique de Lioja
de todas enfermedades nerviosas, particularmente la Epilepsia, hasta ahora reputada incurable.
20 años de éxito constante.
El folleto conteniendo el tratamiento y muchas atestaciones de curación, se envía franco a cada persona que lo solicite por carta franqueada al Sr. O. FANYAU,
Farmaceutico en Lille, Francia.